

## Fiesta del Cuerpo y la Sangre de Jesús - Ciclo A

La Eucaristía tiene una enorme riqueza de significados que la Iglesia ha ido profundizando a lo largo de los siglos y celebrado con diferentes expresiones de fe: la dimensión de mesa compartida, de sacrificio y entrega, de servicio, de alimento, de presencia. Quizá el mayor desafío está en no ocultar,- detrás de cada acento y de la solemnidad de los ritos- , lo que significó este gesto en la vida de Jesús y lo que nos invitó a realizar, en memoria suya.

Lo que las primeras comunidades atesoraron fue que el “Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan, dio gracias, lo partió y se los dio diciendo: esto es mi cuerpo entregado por ustedes” (1 Cor.11, 23-24), y lo mismo con la copa de vino. A veces nos quedamos sólo con el pan o con el vino, impecables, pero desconectados de la totalidad del signo: **es un pan partido y compartido, una copa de vino bendecida y entregada.** Aquella noche Jesús expresó en ese

gesto lo que fue su vida, y nos mandó realizarlo en su memoria, para ser capaces de aprender cada día a entrelazar en comunión la vida de unos con otros, como Él. Podríamos imaginarlo con el pan deshecho en las manos de tanto repartirse, de tanta dedicación compasiva a las multitudes, de tanta presencia cordial y empática capaz de ver y comprender lo que nadie quería ver: la gratitud del extranjero curado, la ofrenda de la viuda, el publicano arrepentido sentado en el último banco del templo.



La Eucaristía no nos deja cómodos, siempre nos interpela. ¿Qué nos dice hoy celebrar el sacramento del pan partido y compartido en una sociedad donde unos pocos acaparan escandalosamente el pan de lo indispensable que muchísimos no tienen? ¿Cómo desinstala nuestro modo de vincularnos a veces con descuido y desatención, sin hacernos responsables de tantos cuerpos heridos y despojados al borde de los caminos? ¿De qué manera nos anima desde dentro a superar las dificultades a la hora de trabajar con otras y otros, a buscar juntos humildemente el encuentro, a valorar las diferencias como oportunidades y no como amenazas? Y también, ¿cómo nos abre la mirada y hace arder nuestro corazón para reconocer tantas señales de entrega cotidiana, de fuerza interior para sobrellevar dificultades, de paciencia amorosa al cuidado de la vida más frágil, de tiempo brindado en gratuidad y sin ruidos?

Necesitamos hacer memoria de Jesús en comunidad, necesitamos hacer presente su modo de compartirse desde la proximidad que humaniza, necesitamos comulgar con Jesús para comulgar con su pasión por gestar comunión de hijos e hijas amadas, todos hermanos:

*“Unidos en el pan los muchos granos,  
iremos aprendiendo a ser la unida  
Ciudad de Dios, Ciudad de los humanos.  
Comiéndote sabremos ser comida”.*

(Pedro Casaldáliga - Mi Cuerpo es Comida)